

La pluma de una gran exiliado vasco (II)

Elias Amezaga

Gara, 2000-03-15: 63.

Koldo San Sebastián rubricaba hace unos años que Ramiro Pinilla, Pelay Orozco, Martín de Ugalde y yo mismo como literatos pertenecemos a una generación puente. Enlace de una orilla con otra. Que en espíritu se orientan hacia un espacio de libertad pero saltando sobre aguas movedizas. Que media vida nuestra sufrió un régimen de vigilancia y control y a la hora de emerger y llegar a la normalidad política debió amoldarse a los nuevos tiempos. Que al sentirse libres y como con alas para volar cargaron a su vez con un gran peso tras de sí. Las horas difíciles, desorientadoras y comprometidas en que debieron afilar la pluma y muchas veces escribir en clave. La del exilio interior los unos o la del emigrante forzado los otros, que añora su vuelta a casa, a los que sólo les queda el deseo y, sobre todo, el sueño. Martín diría que el sueño es una especie de huida, que acaso compense en cierto modo la triste realidad de lo que le invade al despertar.

De los cuatro, uno sólo es el escritor sin más: Martín de Ugalde, que según el profesor Ascunce, escribe por necesidad material y por imperativo espiritual. Le conocí tarde. A su regreso de su diáspora de Venezuela y dar a luz aquel libro de entrevistas, "Hablando con los vascos", que tantísimo caló en los lectores. Era como destapar una caldera a presión cuyo hervor escapa a borbotones de labios de sus entrevistados que tantísimo debieron callar en la Dictadura. A su vez, un soplo de aire puro para sus almas, un hálito de esperanza para el porvenir de nuestro pueblo. Volvíamos a revivir. Pero revivir era como aprender a vivir de otra manera.

Ortiz Alfau y yo le organizamos una comida homenaje en Bilbao con 150 partícipes, entre ellos el llorado Santi Brouard, políticos como Arzalluz o Juan Ajuriaguerra, que ensalzó su figura como se merecía. Sí recuerdo que en mi alocución pregunté a la Asamblea: ¿Le conocemos bien o no es más que un nombre que pronunciamos con orgullo?

Tres veces exiliado

Supimos de su gran categoría. De su sufrida existencia como ser humano. De noticias impresionantes para recuperar su currículum. Periodista graduado por la Universidad de Northwestern de Chicago. Tres veces exiliado.

En Venezuela se prodigó en ocupaciones varias hasta que asomó su veta de escritor. Director entre otros periódicos de "El Farol de Caracas", momento en que se inicia en una literatura seria, concretamente el relato breve, tanto en euskara como en castellano, y con cierto éxito, ya que gana varios premios. Secretario y presidente del Centro Vasco de Caracas, del PNV de Venezuela.

En 1960 obtuvo su diploma en Periodismo, en 1961 edita "Itzalak", el primer libro en euskara de Venezuela, en 1962 ejerce como profesor en la Universidad Andrés Bello de Caracas, en 1965 da a conocer "Ama gaixo dago", su primera y única pieza dramática, en 1969 regresa al País Vasco, a dirigir la revista "Alderdi" y ocupar en el Gobierno Vasco la consejería que dejara al morir Joseba Rezola.

Brega con la resistencia hasta que le ponen de patitas en la frontera. En esta época le visitamos de vez en cuando en su refugio de Donibane, más que para consolarle, para sentirnos más vascos que nunca. Un día acudiríamos en grupo con Iruin y Colom, el político catalán a la cabeza, al Parlamento de Estrasburgo, a denunciar en francés las torturas carcelarias con el régimen socialista. Más adelante me presentaría libros, incluso prologaría mi volumen IV de "Los vascos que escribieron en castellano".

Hoy no escribe. Su salud se resintió. Dicta. Y ahora empiezan sus paisanos a conocerle como una gran figura. Como siempre en este pueblo tarde y a medias. No todo lo que debiera. El profesor Ascunce lo señala: "Hasta que la sociedad vasca no reconozca que estamos ante uno de los más originales e importantes escritores, la crítica literaria de este país seguirá dando trompicones y tumbos debido a su miopía valorativa".